

rentes como el cristal», se decía que habían alumbrado el interior de una nave submarina que transportó hacia las costas americanas a una colonia de refugiados semitas, contemporáneos de... la Torre de Babel. ¡No nos asombremos! No nos encojamos de hombros, pues esta afirmación inimaginable figura entre el número de revelaciones transmitidas a sus fieles por el profeta americano Joseph Smith, durante la primera mitad del siglo XIX, cuando no existían, por supuesto, ni bombillas eléctricas ni submarinos. Pero éste no es sino un detalle entre muchos en todo cuanto se refiere a Joséph Smith, fundador de la Iglesia mormona.

En 1820, con sólo 14 años de edad, Joseph, una clara mañana de primavera, fue a un bosque a orar. Su intención era preguntar al Señor cuál era, entre las diversas Iglesias protestantes, aquella que detentaba más Verdad con el fin de unirse a ella. De repente, una «fuerza» descendió sobre él, paralizándole, sensación ésta frecuentemente descrita por los testigos de aterrizajes de «platillos volantes». Pero,

*«justo, en ese instante de gran alarma», cuenta ese sorprendente testigo, «vi por encima de mi cabeza una columna de luz, más brillante que el sol, que descendía poco a poco hasta que se detuvo sobre mí», y luego: «vi a dos personajes, cuyo glorioso aspecto desafia toda descripción, permanecer por encima de mí, en el aire...»*

La continuación de esta aventura, cuyo punto de partida recuerda en todos los aspectos la experiencia de varios diversos profetas, sería demasiado larga para incluirla aquí en todos sus detalles. El lector curioso podrá hallar toda esta historia en los numerosos fascículos editados por la Iglesia de Jesús Cristo de los Santos de los Últimos Días (éste es el verdadero nombre de la Iglesia mormona), que agrupa en la actualidad a un millón y medio de creyentes en todo el mundo, el mayor número de los cuales se ha-

bajorrelieve sobre el que los mormones reconocieron la figuración de un acontecimiento muy antiguo relatado por sus Escrituras. Unos ideogramas, además, suministraban los nombres propios de los personajes de la escena.

Existe toda una cosmogonía mormona, así como unas enseñanzas que afectan a las etapas sucesivas de la vida humana: preexistencia, vida terrestre, morada de los espíritus, resurrección..., así como unas revolucionarias afirmaciones sobre nuestro verdadero origen: en efecto, nuestro antepasado común, Adán, fue importado a la Tierra, después de haber sido creado en otro planeta...

Cosa extraña, esta última afirmación, por arbitraria que parezca, no es exclusiva de los fieles de Joseph Smith. Se la halla, aunque bajo forma diferente, en otra revelación americana, *The Urantia Papers*.

Esta vez, ningún fenómeno luminoso, ninguna visión, ninguna circunstancia espectacular se hallan mencionadas en el origen de este nuevo mensaje. Se presenta actualmente bajo la forma de *tres enormes volúmenes de cerca de seiscientas páginas cada uno*, impresos a dos columnas en caracteres pequeños; obra de «cuarenta y ocho personalidades» (entendidos: no humanas), recompilada por «un comité de doce miembros (humanos) deseosos de conservar el anonimato», según las comunicaciones de un ciudadano americano (cuyo nombre no ha sido revelado). Este último a partir de 1926, época en que nuestros espíritus se preocupaban muy poco del Cosmos y de sus eventuales habitantes se puso a hablar, con la autoridad de un entendido, de la Creación, de otros mundos, de la organización de las galaxias, de la administración de los planetas, de la «personalidad de Dios», de la venida a la Tierra de Adán y de Eva después de su nacimiento en lo Alto y, en fin, de todos los detalles concernientes a la vida de Jesús durante los años poco conocidos de su vida, entre los 13 y los 30 años. Estas revelaciones, minuciosamente detalladas y sembradas de cifras precisas, fueron recogidas y dactilografiadas en 1933 por el «comité» del que hemos hablado más arriba. Fueron

llan en Estados Unidos y entre los de ese país se cuentan varios ministros, gobernadores de Estado, senadores, diputados y otras notables personalidades. No les faltan argumentos a los misioneros mormones para apoyar sus extraordinarias creencias, lo que explica su apreciable éxito. Será suficiente, no obstante, mencionar aquí algunos rasgos particulares de sus enseñanzas, aquellos que más estrechamente vinculados se hallan a las cuestiones que son objeto de este capítulo.

La tarde del 6 de abril de 1836, con motivo de la inauguración del primer templo mormón, en Kirtland, cerca de Cincinatti, Ohio, los habitantes del barrio percibieron por encima del nuevo edificio una inmensa columna de fuego. Espantados, creyendo era un incendio, corrieron a combatir las llamas; pero la columna, entre tanto, había desaparecido y únicamente hallaron al grupo de fieles, en éxtasis. Al unirse a ellos, les contaron los fieles que acababan de ser visitados por unos ángeles, pero, como se supone, nadie les hizo caso.

Los diferentes «libros santos» de los mormones se presentan como suplementos de la Biblia y fueron, se afirma, milagrosamente hallados el 22 de septiembre de 1827 en forma de placas de oro cubiertas de caracteres egipcios; contienen, al decir de los adeptos, revelaciones notablemente avanzadas en relación con los conocimientos de la época en que vivía Joseph Smith. Prefigurán, por ejemplo, las teorías de la Relatividad, enseñan la pluralidad de mundos habitados e incluso la pluralidad de universos; suministran unos datos astronómicos de los cuales algunos habrían de verificarse más tarde. Así mismo presentan el *caos* original, precediendo a la Creación divina, no como una nada absoluta, sino como una yuxtaposición indefinida de granos de materia inorganizados y disponibles, teoría ésta que se halla, hoy, presentada como novedad, en los escritos de Teilhard de Chardin.

En 1957, con motivo de las excavaciones realizadas en las ruinas de Izapa, antigua villa maya, fue desenterrado un

2  
midas secretas y encerradas en un cofre colocado en la cámara fuerte de un banco de Chicago, y sólo eran consultadas durante los fines de semana. En algunas de esas ocasiones, se comprobó, se dice, no sin sorpresa, que unos errores contenidos en el texto habían sido corregidos en el transcurso de la semana, cuando la verdad es que el manuscrito estaba fuera de todo alcance. En 1955 se juzgó propicio el momento para la publicación del manuscrito, que nuestro compatriota (francés) Jacques Weiss, antiguo alumno del Polytecnico, tradujo a partir del año siguiente para publicación en francés <sup>75</sup>.

*The Urantia Papers* describe las innumerables categorías de seres que pululan en el Universo, su clasificación jerárquica, sus atribuciones, sus especializaciones; y, al mismo tiempo, sus disensiones. Notan igualmente los efectos de la ignorancia humana en la materia (¿no estamos en cuarentena desde hace siglos?), ignorancia que nos incita a hacer caer sobre el Creador la responsabilidad de todo lo que pasa en todas partes, en lugar de pedir cuentas a los múltiples intermediarios.

*«(Los terrenos) caen a menudo en la confusión a propósito de la naturaleza del Padre universal, porque las palabras y los actos de todos sus asociados y subordinados le han sido generalmente atribuidos» (pág. 488 de la traducción francesa).*

En el libro se prodigan con generosidad poco común estas vertiginosas sobre el Universo desde el universo, sobre las relaciones entre el Espacio y el Tiempo, sobre los diversos niveles de energía y de inteligencia, sobre las misiones respectivas de las «Personalidades del Espíritu Infinito», en fin, sobre la historia desconocida de nuestro propio

75. Cf. *La Cosmogonía de Urantia*, 28, rue Cambacéré, París, 8.º



planeta y de sus habitantes. Precisemos que los informes suministrados por esas «cuarenta y ocho personalidades del espacio no todos parecen escritos, a decir verdad, por la misma mano, pues ciertos capítulos desentonan y se manifiestan diversos niveles intelectuales en la obra; prueba de todo ello, cuando menos, de la multiplicidad de los autores de ese monumento.

Esta obra gigante sobrepasa con mucho las proporciones razonables (cerca de tres mil páginas); y hace que la lectura de este mensaje sea muy penosa, pues exige una paciencia poco común. El recurso a una especie de jerga interplanetaria aumenta la dificultad, pues se nos habla de «marcos psíquicos» y «psicomateriales», del «tiempo sistemático del «nivel moroncial», de «mar», de «mota» y de «monotaxia de los «ultimatons», que son la centésima parte de un electrón, del «Mundo de las Casas» y de los «Ascensores». Señalamos rápidamente un pasaje que llama nuestra atención por el hecho de que pudiera suministrar una respuesta a la cuestión tan a menudo planteada actualmente: ¿por qué los pilotos de «platillos volantes» no toman abiertamente contacto con nosotros? Un comentario de *The Urantia Papers* nos explica que «un planeta en estado normal está en comunicación con el resto del Universo por medio de información teledirigida. Jerárquicamente está arreglado para este efecto. Pero si se rebela, el primer cuidado de la jerarquía celeste es el de ponerle en cuarentena, es decir,  cortar las comunicaciones inmediatamente río arriba, de forma que la rebelión no pueda extenderse y propagarse. Eso es lo que ha sucedido a nuestro planeta Urantia cuando la rebelión de Lucifer. Hay que esperar a que Lucifer sea juzgado para que cese esa situación. Mientras espera, Urantia permanece en cuarentena; pero las presentes revelaciones presagian el cese relativamente próximo de esa cuarentena (uno o dos siglos, tal vez)».

De ese lenguaje, ora sentencioso, ora familiar, se desprende a la larga una impresión curiosamente maléfica, que apenas uno se sustrae. Ciertos lectores de *The Urantia*

nombre de alguien). Por ello, llegará a suponerse que esos áculos, en la medida que provienen de fuentes no humanas, difunden únicamente una sola y única Verdad, lo que dejaría a los intérpretes humanos la responsabilidad plena y entera de las contradicciones.

Pero esto tal vez sea mostrarse injusto respecto de nuestros visionarios, pues es igualmente posible poner en duda la total competencia como incluso la inalterable buena fe de las entidades extraterrestres consideradas como autores de los mensajes. Estas entidades no están en contacto directo, forzosamente, con la realidad absoluta; sus conocimientos pueden ser parciales, retorcidos<sup>77</sup>. Pueden pertenecer a especies de evolución desigual, y propalar conceptos erróneos. Persiguen, tal vez, cuando prodigan sus enseñanzas, intenciones distintas, incluso antagónicas, en el cuadro de esta guerra de la que hemos hablado mucho, que parece conducir a la «familia de lo Alto». Al lado de ciertas influencias maléficas que manifiestan una gran elevación de pensamiento, otras intervenciones han adquirido un carácter netamente pernicioso, como el que perdió al desgraciado doctor Faust (nacido en Kittlingen en 1480). A medio camino entre los extremos, ciertas comunicaciones han podido testimoniar con un torpe ardor, para convencer a las masas humanas, logrando únicamente hacer sonreír escépticamente a la mayor parte de nosotros. No está completamente excluido, a priori, que las recientes apariciones de «platillos volantes» puedan ser clasificadas en esta última categoría.

Ya sólo nos queda preguntarnos, a la luz de los hechos que acabamos de estudiar, lo que pudo pasar exactamente en la habitación de Blas Pascal la tarde en que escribió su famoso «memorial», ese pergamino que escondió luego en

<sup>77</sup> San Agustín ha introducido la idea de distinguir, entre los ángeles, aquellos que gozan del «conocimiento de la mañana» de los que sólo poseen «el conocimiento de la tarde». Santo Tomás de Aquino comenta: «El conocimiento mediante el cual el ángel conoce las cosas en su propia naturaleza es luminoso en comparación de la ignorancia y del error, pero oscuro en comparación con la visión del Verbo» (*Summa Teológica*, Los Angeles, cuestión 58, art. 6).

papers, poco inclinados de ordinario a inquietudes místicas, han afirmado haber atravesado, en el curso de las páginas, por estados comparables a un sentimiento de iluminación.

Confesamos no haber tenido esa suerte.

En la medida en que se acepta dar un poco de crédito a tales «comunicaciones», no puede dejar de señalarse ellas, al lado de convergencias y de identidades muy impresionantes, evidentes contradicciones. ¿Hay que oponerse a esas disonancias para establecer que estas comunicaciones, en su totalidad, *falsas*? La tentación es grande, y el primer impulso es el de sucumbir a ella.

Queda bien entendido que una gran parte de esa literatura puede explicarse mediante la teoría de los «arquetipos», omnipresentes en el inconsciente colectivo de la humanidad; pero ésta no es sino una forma elegante de despreciar el misterio, pues resulta entonces necesario explicar la universalidad de los arquetipos, y se llega así, con naturalidad, a pensar que esta permanencia podría muy bien deberse a una cierta concomitancia con la pura realidad. Las divergencias, en este caso, intervendrían cuando se producen interferencias entre el inconsciente Colectivo y los conscientes individuales, al introducir estos últimos distorsiones en el contenido inicial de los mensajes.

Ya se trate del patrimonio psicológico común a toda especie humana o bien de imágenes efectivamente comunicadas por inteligencias exteriores, es evidente que la traducción de esas imágenes en palabras presentará aspectos muy diferentes según que el «traductor» sea un monje budista o un ciudadano de los Estados Unidos. Nosotros hemos presentado una observación análoga a propósito del Corán y de la Biblia, libros en los que las analogías clamaban en favor de un origen único, cuando sus divergencias pueden, verosímilmente, ser imputadas a las estructuras mentales preexistentes en los «pro-fetas» (los que hablan

entre sus jubones y que sólo se descubrió después de la muerte. ¿A qué fenómeno, de dos horas de reloj de duración, le fue dado asistir? ¿Cuál es ese «fuego» mencionado por él en letras mayúsculas? ¿Y de dónde le vino esa «certeza» de que el Dios de los cristianos y el de los judíos *no era* aquel que imaginan los «filósofos» y los «sabios», decir, un príncipe puramente intelectual y absolutamente trascendente?

*«El año de gracia de 1654, lunes, 23 de noviembre desde alrededor de las diez y media de la noche hasta cerca de las doce y media. FUEGO. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacobo, no de los filósofos y los sabios. Certeza. Certeza. Sentimiento. Alegría. Dios de Jesucristo, Deum meum et Deum Vestrum etcétera.»*



Communications from "Inner Circle" through Mark Probert on November 7th 1968, edited by Mrs. Anita Ganschow (301-3 Spring Street, Red Bank, New Jersey 07701, USA). Memorandum No 45, page 17.

Communicator: "Professor Alfred Luntz"

#45

11/ 7/68

P. 17

Prof. L: Yes. Many, many of my parishoners have come by and some of them, I am sure, wanted to punch me in the nose. L A U G H T E R Because they're no where near heaven, they said. I said now, at this late date, I can't give it to you, I can't. I know it now, forgive me for trying when on earth, I thought I was doing right but apparently I didn't do right.

Lady: I'm surprised they didn't ask you what you were selling this week, Professor.

Prof. L: No. You know, Christians are a funny people. They're so caught up in what they think is so, that there is little chance to change them. And, I wouldn't want to if I could, I know it now.

My teachers tried to get me to bring a better understanding to some of these people because they knew I was a minister and -- that these people would trust me more. Fools. And so I tried, there are great halls of learning in the world I am in now. Great halls of learning.

Lady: Is anybody in the halls?

Prof. L: Well with the taxes being what they are? L A U G H T E R Well, sometimes no. Many times yes; crowded to capacity, people looking for life in their own way.

Man: Professor?

Prof. L: Yes.

Man: There . . . . do you find a book called "Vrenthia? ("The Urantia Book")

Prof. L: Indeed yes. Oh, what do you think of it, sir?

Man: I have been dunking into it the past two months and it is of such unusual content and at the same time of such unusual length, that I have been loathed to start on it, simply because it calls for a new orientation of thought and I have not wanted to start it upon my own without first trying to assess something of the nature of its content, or even its origin.

Prof. L: Have you tried to wrestle with Oaspe? That is another prodigious bit of writing and I do not think you need it. But then, whom am I to tell you what you need. So be your own seeker, when you find things that are tasty to your mind, imbibe in them.

Man: I had a suspicion that you were going to say something like that.

Prof. L: If I said anything less, sir, I would be back on earth as a clergyman.

Man: But I asked you sire for your reaction.

Prof. L: A beautiful book, wonderful things are there for one's education who is looking to be educated in that way. But there are yet greater things, and by greater I mean useful, that you can use in your every day life that will promote your own intelligence and love of life.

The Bible holds many great truths and if the reader could really comprehend them, he would find himself free from many of the things called sorrow at the present time. But I didn't teach what was in the Bible, I taught my own things, which were . . . The Bible is exactly, word for word, what it is and no one can change that, said I. I took it literally you know, sir. Now, I'm going to turn my face around and walk in

**JOHN W. WHITE**

60 POUND RIDGE ROAD  
CHESHIRE, CONN. 06410  
203-272-2151

29 August 1979

Dear Ignacio,

Harold Sherman can be reached by letter at this address:

Mountain View, AR 72506  
USA

The AR stands for Arkansas. Harold is almost 80 now. He is one of the best psychics today, and just as important he is honest and trustworthy. He was not the man who channelled the Urantia papers; he was a member of the group which assisted in receiving the communications each night while the man--whose name has never been revealed--spoke all night long. For about 20 years the channel never slept; he went into trance and channelled every night. I learned this from a paper I read which was written by a man who researched the Urantia Book's origin for many years. I don't have the paper now, I'm sorry to say.

The Urantia Books is not well-known in the occult and parascience fields, so there is not accepted critical opinion about it. Those whom I've asked have been rather well impressed with its scope and quality. My own opinion of it is not so high. I grant that it is a mighty work, but I do not regard it as infallible, nor do I feel that people get a sense of the sacred from it. Rather, it seems to show people that they are less significant than they perhaps felt they were. Moreover, it contradicts some other esoteric books that claim to have the truth about Jesus's lost years. I certainly would not rank it as high as the Findhorn communications which, although much simpler in their cosmology, at least give people inspiration and a sense of God's presence, rather than his immense distance from the human scene.

That's all I can say for now about the Urantia Book. I don't know of anyone else except Sherman who can speak authoritatively on the book.

Cordially,

